



Review

Author(s): Fernando Iwasaki

Review by: Fernando Iwasaki

Source: *Renacimiento*, No. 55/58 (2007), pp. 193-194

Published by: [Libreria y Editorial Renacimiento S. A.](#)

Stable URL: <http://www.jstor.org/stable/40516232>

Accessed: 15-12-2015 19:19 UTC

---

Your use of the JSTOR archive indicates your acceptance of the Terms & Conditions of Use, available at <http://www.jstor.org/page/info/about/policies/terms.jsp>

JSTOR is a not-for-profit service that helps scholars, researchers, and students discover, use, and build upon a wide range of content in a trusted digital archive. We use information technology and tools to increase productivity and facilitate new forms of scholarship. For more information about JSTOR, please contact support@jstor.org.



*Libreria y Editorial Renacimiento S. A.* is collaborating with JSTOR to digitize, preserve and extend access to *Renacimiento*.

<http://www.jstor.org>

---

pios mitos y habitantes. Lo diré de otra manera: como autor de minificción, considero que lo ideal sería que nadie se administrara más de tres microrrelatos diarios, porque leídos de manera suelta e independiente, cada minicuento alumbraba u oscurece una parte de la realidad. Sin embargo, leídos de manera torrente, uno detrás de otro, lo que emerge al final de la lectura siempre será una realidad nueva, oscura o luminosa (según). Si el cuento es el laboratorio de la novela, los microrrelatos son experimentos con vida propia que se han escapado del laboratorio.

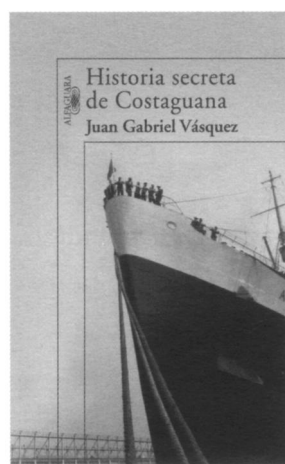
Pienso en los bestiarios medievales, en los evangelios apócrifos, en los procesos inquisitoriales, en las declaraciones de los testigos de santidad, en las historias de aparecidos, en las leyendas urbanas, en los catecismos pre-conciliares y en todas esas narraciones que alguna vez formaron parte de la «verdad» y que ahora forman parte de eso que los modernos historiadores de las mentalidades denominan «el imaginario». Por ejemplo, según ciertos evangelistas apócrifos como el Pseudo Mateo, Santiago III o el Pseudo Tomás, el Niño Jesús moldeaba pajarillos de barro que salían volando de sus manos apenas los soplaban. Los microrrelatos de José María Merino son precisamente como esos pájaros, que acaso vuelan todavía por los tejados de la imaginación religiosa. Son –nunca mejor dicho– los «fugitivos» de la «glorietta» de Merino. «Minifundios», pues.

Autor de una espléndida novela histórica –*Las visiones de Lucrecia* (1996)– que me gustaría reivindicar en estos días más bien pazguatos de reliquias y templarios de folletín, José María Merino ya había trabajado con materiales narrativos que nacieron como verdades reveladas y terminaron como microficciones, pasando por pactos satáni-

cos y disparates heterodoxos. Así, el mundo paralelo que José María Merino conjura en *La glorietta de los fugitivos*, es un mundo en el que las «visiones» de Lucrecia conviven con monovolúmenes caníbales, cartografías delirantes, animales inverosímiles y hasta trampas para cazar filólogos («Diez cuentines congresistas»).

No es posible reseñar la minificción completa de José María Merino sin traicionarla. No quiero destripar sus enrevesados mecanismos. No se puede explicar la magia menor de su persuasión. Si el hipócrita y bucólico lector desea disfrutar de los microrrelatos de Merino, le recuerdo que debe consumirlos de uno en uno, como las drogas caras, y le aseguro que cada uno de esos «minifundios» tendrá efectos secundarios más perdurables y satisfactorios. Mismamente, como sentarse sobre la puntita de un *iceberg*.

JUAN GABRIEL VÁSQUEZ • *Historia secreta de Costaguana* • Madrid, Alfaguara, 2007, 292 pp.



UNA HISTORIA  
MÁGICA, PERO  
REALISTA

JUAN Gabriel Vásquez ha escrito un libro extraordinario, que enhebra de forma magistral la historia colombiana del siglo XIX con la escritura de *Nostromo*, la novela que Joseph Conrad localizó en un apócrifo país suramericano, tal como le confesó

---

a su amigo Cunninghame-Graham en una carta fechada en Stanford el 9-V-1903 («I want to talk you of the work I am engaged on now. I hardly dare avow my audacity –but I am placing it in Sth. America in a Republic I call Costaguana»). De aquel hilo ha tirado Juan Gabriel Vásquez hasta urdir una trama fastuosa, pues con dos o tres verdades ha construido una mentira persuasiva y verosímil.

*Historia secreta de Costaguana* tiene un protagonista de ficción, José Altamirano, una especie de sobreviviente de un siglo de guerras, iniquidades y revoluciones, quien contempla alucinado la desmembración de Colombia, la independencia de Panamá y la posterior construcción del Canal, para referírsela más tarde a un marino polaco que quería ser un escritor inglés. Aquellos capítulos se me antojaron de una lectura tan memorable, que no sólo estoy persuadido de haber leído el palimpsesto del *Nostramo* de Conrad, sino también el de *La vorágine* (1924) de José Eustasio Rivera y hasta el de *Cien años de soledad* (1967) de Gabriel García Márquez. De hecho, el antecedente de esta novela excepcional es precisamente un ensayo titulado «El arte de la distorsión» (*Letras Libres*, Enero 2007), donde Juan Gabriel Vásquez proponía que *Cien años de soledad* no es una novela de realismo mágico, sino una «novela histórica».

Así, *Historia secreta de Costaguana* vendría a ser la historia «verdadera» de *Nostramo*, porque hacia el final de la novela José Altamirano y Joseph Conrad se encuentran en Londres de nuevo y el colombiano le apostrofa así al polaco: «Usted me ha eliminado de mi propia vida. Usted, Joseph Conrad, me ha robado». Ignoro cuál sería la sensación de un crítico al llegar a esta

línea, pero puedo asegurar que la mía –como lector de Conrad y como lector de Borges; es decir, como cazador de simetrías y de literatura dentro de la literatura– ha sido de gozo absoluto. Sobre todo cuando el Conrad «verdadero» le pregunta al «ficticio» Altamirano: «¿De verdad cree que su patética vida pinta algo en este libro?».

*Historia secreta de Costaguana* se justificaba a sí misma por su ambición histórica, sus personajes alucinados y su mirada forense sobre el siglo XIX colombiano, pero al insinuar que *Nostramo* podía ser un afluente de la historia de su país, Juan Gabriel Vásquez ha operado el mismo milagro literario de su tocayo García Márquez: le ha dado un toque de realidad a la magia.